

sidero capaz de instruir a misioneros. A ellos les dedicaba la oración de Jesús: *No te ruego que los quites del mundo... Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en Ti por la palabra de ellos.* En efecto, ¿sería posible olvidar a las almas que han de conquistar por medio del sufrimiento y de la predicación?

43. Mas, no he acabado aún de expresar mi idea sobre el pasaje del Cantar: *Atráeme, correremos...*

Nadie —dijo Jesús— *puede venir en pos de mí, si el Padre que me envió no lo atrae.* Después nos enseña que no tenemos más que llamar para que se nos abra, buscar para encontrar, y pedir humildemente para recibir. Añade que su Padre concede todo lo que se le pide en su nombre. Por esto dictó sin duda el Espíritu Santo, antes del nacimiento de Jesús, esta profética plegaria: *Atráeme, correremos...*

El pedir ser atraído, es desear unirse íntimamente al objeto que cautiva el corazón. Si el fuego y el hierro estuvieran dotados de razón, y este último dijera al otro: «Atráeme», ¿no demostraría con esto que su deseo es identificarse con el fuego, hasta llegar a compartir su propia sustancia? Pues bien, ésta es precisamente mi oración. Pido a Jesús que me atraiga en las llamas de su amor, que me una a El tan estrechamente que viva y obre dentro de mí. Siento que cuanto más se abra mi corazón en su amor, y cuanto más diga: «¡Atráeme!», tanto más las almas que se acerquen a la mía *correrán veloces al olor de los perfumes del Amado.*

Sí, correrán, correremos juntas; pues las almas abrasadas no pueden permanecer inactivas. Es indudables que, como Santa Magdalena, permanecen a los pies de Jesús escuchando su dulce y ardiente palabra; al parecer no dan nada, pero dan mucho más que Marta, que se inquieta por muchas cosas. Sin embargo, no fueron los trabajos de Marta lo que censuró el Señor, sino su inquietud; a estos mismos trabajos se sometió humildemente su divina

Madre, puesto que tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia.

44. Así lo entendieron todos los santos, y más particularmente quizá aquéllos que iluminaron el universo con la doctrina evangélica. ¿Por ventura San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, Santa Teresa y tantos otros amigos de Dios, no bebieron en la oración aquella ciencia admirable que cautiva a los mayores genios?

Dijo un sabio: «Dadme un punto de apoyo, y con una palanca levantaré el mundo». Lo que no pudo obtener Arquímedes, lo alcanzaron plenamente los santos. El Todopoderoso les dio, como punto de apoyo, a *¡El mismo, a El solo!* Como palanca, la oración que inflama con fuego de amor; con esto levantaron el mundo; así los santos militantes siguen levantándolo todavía, y lo levantarán hasta el fin de los tiempos.

* * *

45. Réstame decirle, Madre mía, lo que entiendo por *el olor de los perfumes del Amado*. Puesto que Jesús subió a los cielos, no puedo seguirle sino por las huellas que dejó en la tierra. ¡Qué luminosas son esas huellas, qué aroma tan divino exhalan! Con sólo abrir el santo Evangelio, respiro luego ese perfume embriagador y sé por dónde tengo que correr. No me apresuro a tomar el primer lugar, sino que, por lo contrario, me lanzo al último, dejando subir al fariseo, y repito llena de confianza la humilde oración del publicano. Pero sobre todo, imito el proceder de Magdalena.. aquella su sorprendente, o más bien, amorosa audacia, que tanto cautiva el Corazón de Jesús, seduce el mío.

46. No porque haya sido preservada del pecado mortal, busca mi alma a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Ah!, estoy segura de que, aunque tuviera oprimida

la conciencia con todos los crímenes imaginables, no disminuiría en un ápice mi confianza; con el corazón destrozado de arrepentimiento, me echaría en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría aterrorizarme, pues sé a qué atenerme respecto a su amor y misericordia. Sé que esa infinidad de ofensas desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos, como gota de agua echada en ardiente hoguera.

Refiérese en las vidas de los Padres del desierto, que uno de ellos convirtió a una pecadora pública, cuyos desórdenes escandalizaban la comarca entera. Tocada de la gracia aquella pecadora, se dirigía con el santo al desierto para hacer allí rigurosa penitencia; pero la primera noche de viaje, antes siquiera de llegar al lugar de su retiro, sus ligaduras mortales se rompieron con la impetuosa fuerza de su arrepentimiento lleno de amor, y, en el mismo instante, vio el solitario que los ángeles elevaban su alma al seno de Dios.

He aquí un ejemplo palpable de lo que yo quisiera decir; pero estas cosas no pueden expresarse...

CAPITULO XI

SU CONFIANZA EN DIOS.—UNA VISITA DEL CIELO
EL AMOR ES SU REPOSO.—SUBLIME INFANCIA
LLAMAMIENTO A TODAS LAS «ALMAS PEQUEÑITAS»

1. ¡Oh, Hermana mía querida! Pídeme V. C. que le deje un recuerdo... Ya que nuestra madre lo permite, es una alegría para mí platicar con V. C., dos veces hermana mía, con V. C. que me prestó su voz prometiendo en mi nombre que sólo deseaba servir a Jesús, cuando no me era posible hablar.

Amada Madrnita mía: la niña a quien ofreció al Señor es la que le habla esta noche; ella es la que ama a V. C. como una tierna criatura sabe amar a su madre... Solamente en el cielo conocerá todo el reconocimiento que desborda mi corazón.

¡Oh, querida hermanita mía! V. C. quería oír los secretos que Jesús confía a su hijita; esos secretos, bien los sé también se los confía a V. C., ya que fue quien me enseñó a recoger las divinas enseñanzas. No obstante, probaré de balbucir algunas palabras, aunque comprenda que le es imposible a la palabra humana repetir cosas que apenas puede presentir el corazón.

2. No crea V. C. que abunda en consuelos el alma mía. ¡Oh, no! Mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin dejar de oír su voz, Jesús me instruye en secreto, y no por medio de los libros, pues no entiendo lo que leo. A veces, sin embargo, una palabra como ésta—que he sacado esta tarde al final de la oración pasada en la sequedad—viene a consolarme: «He aquí el Maestro

que te doy; El te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el Libro de vida en el que se contiene *la Ciencia de amor*. ¡La ciencia de amor! ¡Ah! esta palabra resuena dulcemente en el oído de mi alma. Sólo esta ciencia deseo. *Aunque por ella haya dado todas mis riquezas, como la esposa de los Cantares, lo reputo por nada.* De tal manera comprendo que sólo el amor es capaz de hacernos agradables a Dios, que es el único tesoro que ambiciono.

3. Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina: ese camino es el del abandono de la criatura que duerme sin temor en brazos de su padre. «Si alguno es *pequeñuelo, que venga a mí*», ha dicho el Espíritu Santo por boca de Salomón; y ese mismo Espíritu de amor dijo también que *con los pequeños usará de compasión*. En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día *el Señor conducirá su rebaño a los pastos, que reunirá a los corderitos y los estrechará contra su seno.* Y como si no bastasen todas estas pruebas, el mismo profeta, cuya mirada llena de inspiración penetraba ya en las eternas profundidades, exclama en nombre del Señor: «*Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré sobre mi seno y os meceré sobre mis rodillas*».

4. ¡Oh, querida Hermana mía! Después de semejante lenguaje, sólo nos toca guardar silencio, llorar de reconocimiento y de amor... ¡Ah! Si todas las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cumbre de la montaña de amor, puesto que Jesús no pide acciones extraordinarias; se contenta con que le demostremos confianza y gratitud.

«No tengo necesidad ninguna —dice— de los machos cabríos de vuestros rebaños, porque los animales de los bosques y los millares que pacen en las colinas, me pertenecen, conozco todos los pájaros de las montañas».

Si yo tuviera hambre, no os lo diría a vosotros, pues la tierra y todo cuanto encierra, me pertenece. ¿Por ventura he de comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos? *Inmolad a Dios sacrificios de alabanzas y de acciones de gracias.*

* * *

5. ¡Sólo esto reclama Jesús de nosotros! No tiene necesidad de nuestras obras, sino únicamente de nuestro *amor*. Este mismo Dios, que declara que no necesita de cirnos si tiene hambre, no se desdeña de *mendigar* un poco de agua a la Samaritana... ¡Tenía sed! Mas al decir: *Dame de beber*, reclamaba el Creador del Universo el amor de su pobre criatura. ¡Tenía sed de amor!

Sí, más que nunca está sediento Jesús. Sólo encuentra ingratos e indiferentes entre los discípulos del mundo; y entre *los discípulos suyos*, desgraciadamente, no encuentra muchos que entreguen el corazón sin reserva a la ternura de su Amor infinito.

6. ¡Qué felices somos de poder comprender los íntimos secretos de nuestro Esposo! ¡Ah, si V. C. quisiera escribir cuánto sabe de ellos, qué hermosas páginas leeríamos! Pero sé que prefiere guardar en el fondo de su corazón *los secretos del Rey*... A mí me dice *que es loable publicar las obras del Altísimo*. Juzgo que tiene razón en callar, pues es verdaderamente imposible expresar con palabras humanas los secretos del cielo.

En cuanto a mí, después de haber trazado páginas y páginas, estaría por decir que no he comenzado aún. Hay tantos horizontes distintos y de tal cantidad de tonos de infinita variedad, que sólo la paleta del pintor celestial podrá darme, cuando termine la noche de esta vida, los colores divinos capaces de pintar las maravillas que revela a los ojos de mi alma.

7. A pesar de todo, querida Hermana mía, puesto que

me manifiesta deseos de conocer tan a fondo como sea posible todos los sentimientos de mi corazón; puesto que desea que ponga por escrito el ensueño más consolador de mi vida, y «mi doctrina» como la llama, lo haré en las páginas siguientes dirigiéndome a Jesús, porque me permitirá expresar con más facilidad mis pensamientos. Tal vez juzgue exageradas mis palabras; esto no obstante, le aseguro que no hay exageración ninguna en mi corazón; todo es en él calma y reposo.

8. ¡Oh, Jesús! ¿Quién podrá expresar la ternura y suavidad con que conducís mi pequeñita alma?

Desde el radiante día de Pascua, fiesta de vuestro triunfo, terrible tempestad rugía en mi corazón; mas entonces, en un dichoso día del mes de mayo, iluminasteis mi sombría noche con un puro rayo de vuestra gracia...

Reflexionando en los sueños que concedéis a veces a vuestros privilegiados, decíame que jamás me sería dado la densa y profunda noche que me envolvía. Y bajo el rugido de la tempestad, me dormí.

Al día siguiente, 10 de mayo, comenzaba a clarear la aurora, cuando me encontré, en sueños, en una galería paseándome sola con nuestra Madre. De repente, sin saber cómo habían entrado, divisé tres carmelitas revestidas de sus mantos y grandes velos. Comprendí que venían del cielo, por lo cual pensaba en mi interior: «¡Cuánto me alegraría de poder ver la cara de una de estas carmelitas!» En el mismo instante, como si hubiera atendido mi ruego, se acercó a mí la más alta de las santas; caí de rodillas ante ella, y ¡oh felicidad!, levantó su velo o, mejor dicho, lo elevó un poco y me cubrió con él.

9. Sin titubear un instante, *reconoci* a la Venerable Madre Ana de Jesús; la misma que introdujo la reforma del Carmen en Francia.

Su rostro era hermoso, de una hermosura inmaterial; no despedía ningún rayo luminoso, y, sin embargo, a pe-

sar del denso velo que nos envolvía a las dos, veía aquel rostro celestial iluminado por una claridad inefablemente dulce, que parecía producir por sí mismo.

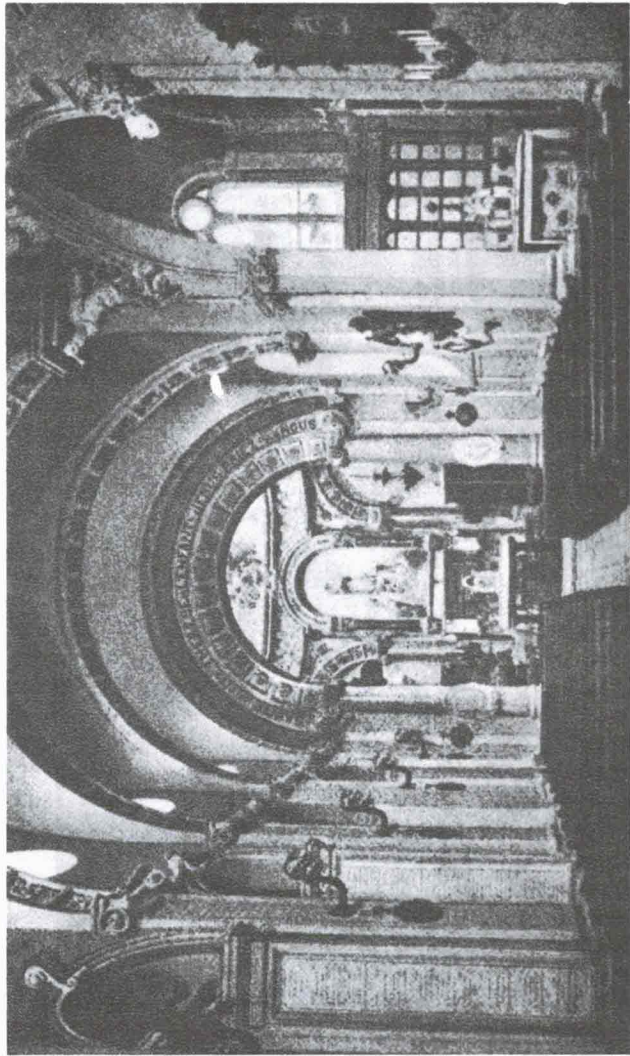
La santa me colmó de caricias y viéndome tan tiernamente amada me atreví a decir estas palabras: «¡Oh, Madre mía, le ruego que me diga si Dios me dejará mucho tiempo todavía en la tierra! ¿Vendrá pronto a buscarme?» A lo cual me respondió con tierna sonrisa: «Sí, pronto... pronto... Te lo prometo». Madre mía —añadí—, dígame también si Dios no desea de mí nada más que mis pobres obritas y mis buenos deseos: ¿está contento de mí?

A estas palabras se iluminó el rostro de la Venerable Madre con nuevo resplandor, y su expresión me pareció incomparablemente más tierna. Dios no pide de ti nada más —me dijo—; está contento, muy contento...» Y cogiéndome la cabeza entre sus manos, me prodigó caricias tales, que me sería imposible expresar su dulzura. Mi corazón nadaba en alegría; me acordé de mis hermanas, iba a pedir algunas gracias para ellas... pero, ¡ay!, me desperté.

Me sería imposible expresar la alegría de mi alma. A pesar de que han pasado ya muchos meses desde que tuve este inefable sueño, he conservado fresco e intacto el recuerdo de sus celestiales hechizos. Aún veo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Santa Carmelita, aún creo sentir las caricias que me prodigó. *¡Oh, Jesús!, mandasteis a los vientos y a la tempestad y sobrevino una gran bonanza.*

10. Al despertar, creía, sentía que hay un cielo, y que este cielo está poblado de almas que me aman y miran como hija. Esta impresión queda en mi alma, tanto más dulce cuando la Venerable Madre Ana de Jesús me había sido hasta entonces, casi me atrevo a decirlo, indiferente; nunca la había invocado, ni me acordaba de ella sino cuando la oía mencionar, lo cual no era a menudo.

Ahora comprendo cuán lejos estaba yo de serle indiferente, y esta idea acrecienta mi amor, no sólo a ella, sino



IGLESIA DEL CARMEN DE LISIEUX
(Vista interior)



GRUPO ESCULTORICO DEL ALTAR
MAYOR DE LA IGLESIA DE LOS
CARMELITAS DE LISIEUX

a todos los bienaventurados habitantes de la patria celestial.

¡Oh, Amadísimo mío! Esta gracia no era más que el preludio de las gracias mayores de que os proponíais colmarme; consentir que os las recuerde hoy, y perdonadme si desvarío al intentar exponer mis casi infinitos deseos y esperanzas... Perdonadme y sanad mi alma, dándole lo que espera.

* * *

11. Ser vuestra esposa, Jesús mío, ser carmelita, y por mi unión con Vos, la Madre de las almas, todo esto debería bastarme. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones: siento vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ejercer todas las obras más heroicas; me siento con el valor de un cruzado; quisiera morir en un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

¡La vocación de sacerdote! ¡Oh, Dios mío, con qué amor, oh Jesús, os llevaría en mis manos, cuando a mi voz descendierais a ellas desde el cielo! ¡Con qué amor os daría las almas! Pero, aunque deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de San Francisco de Asís y sobresiento la vocación de imitarle, rehusando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo, pues, juntar esos contrastes?

Quisiera iluminar las almas como los profetas y los doctores. Quisiera recorrer la tierra predicando vuestro Nombre y plantando, Amado mío, en tierra infiel vuestra gloriosa cruz. Mas no me bastaría una sola misión, pues desearía poder anunciar a un tiempo vuestro Evangelio en todas las partes del mundo, hasta en las más lejanas islas. Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

12. Mas, ¡ay!, sobre todo quisiera el martirio. ¡El mar-

tirio! Este ha sido el sueño de mi juventud, sueño que ha crecido conmigo en la celdita del Carmen. Pero ésta es otra de mis locuras; pues no deseo un sólo género de suplicio; para satisfacer mis anhelos, necesitaría padecerlos todos...

Como Vos, adorado Esposo de mi alma, quisiera ser azotada, crucificada... Quisiera morir despellejada como San Bartolomé; como San Juan, desearía que me sumergeran en aceite hirviendo; ser triturada por los dientes de las fieras, como San Ignacio de Antioquía, a fin de llegar a ser pan digno de Dios. Con Santa Inés y Santa Cecilia, quisiera ofrecer mi cuello a la cuchilla del verdugo, y como Juana de Arco, pronunciar el nombre de Jesús en una vivísima hoguera.

Si pienso en los tormentos atroces que padecerán los cristianos en tiempos del Anticristo, se estremece mi corazón; quisiera que se reservaran para mí aquellos tormentos. ¡Abrid, Jesús mío, el libro de la Vida, donde están consignadas las acciones de todos los Santos; todas ellas quisiera haberlas yo llevado a cabo por vuestro amor!

¿Qué responderéis a todas mis locuras? ¿Existe en la tierra un alma más pequeña e impotente que la mía? Con todo, esta misma debilidad os ha movido a realizar mis pequeños deseos infantiles, y queréis colmar hoy otros deseos más grandes que el universo...

* * *

13. Como estas aspiraciones venían a ser un verdadero martirio, abrí un día las Epístolas de San Pablo para buscar algún remedio a mi tormento. Ofreciéronse a la vista de los capítulos XII y XIII de la Epístola primera a los Corintios. Leí en ellos que todos no pueden ser a un tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo la mano.

La respuesta era muy clara, pero no colmaba mis deseos, ni me infundía la paz. «*Descendiendo entonces hasta las profundidades de mi nada, me elevé tan alto, que pude lograr mi deseo*». Continuando mi lectura sin desanimarme, hallé este consejo que me consoló: «*Buscad con ardor los dones más perfectos; pero todavía os mostraré un camino más excelente*».

Explica el Apóstol cómo todos los dones más perfectos, nada son sin el *Amor*; que la Caridad es el camino más excelente para conducirnos seguramente a Dios. ¡Por fin, había encontrado el descanso!

14. Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo, o por mejor decir, quería reconocirme en todos. La Caridad me dio la clave de *mi vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos; comprendí que tenía *un corazón*, y que este corazón estaba abrasado de amor; comprendí que el amor únicamente es el que imprime movimientos a todos los miembros, que si el amor llegase a apagarse, ya no anunciarían los apóstoles el Evangelio, y renunciarían los mártires derramar su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, porque es eterno.

Y exclamé en un transporte de alegría delirante: «¡Oh, Jesús, Amor mío, al fin he hallado mi vocación! *¡Mi vocación es el amor!* Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡oh, Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo: en el corazón de mi Madre la Iglesia, *seré el amor...* Así lo seré todo; así se realizarán mis ensueños.

15. Dije que me transportaba una alegría delirante. No, esta expresión no es exacta, porque desde aquel mo-

mento se posesionó más bien de mi ser la paz; la paz tranquila y serena del navegante que divisa el faro indicador del puerto. ¡Oh, faro luminoso del amor! Sé la manera de llegar hasta ti, he hallado el secreto para apropiarme tus llamas.

16. No soy más que una niña débil e impotente, mas esta misma debilidad me comunica la audacia de ofrecermelo como víctima de vuestro amor, Jesús mío. Antes, solo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas al Dios fuerte y poderoso; eran necesarias víctimas perfectas para satisfacer a la justicia divina; pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido por holocausto, ¡a mí, débil e imperfecta criatura! Esta elección, ¿no es por ventura digna del amor? Sí, porque el amor necesita rebajarse hasta la nada y transformarse en fuego esta nada, para quedar plenamente satisfecho.

Sé, Dios mío, *que el amor sólo con amor se paga*; por eso he buscado y he hallado el modo de desahogar mi corazón, devolviéndoos amor por amor.

17. *Emplead las riquezas que pueden tornaros injustos en granjearos amigos que os reciban en las moradas eternas.* Este es, Señor, el consejo que dais a vuestros discípulos de haberles dicho *que los hijos de las tinieblas son más hábiles en sus negocios que los hijos de la luz.*

Hija de la luz soy; he comprendido que mis deseos de abrazar todas las vocaciones y de serlo todo, eran riquezas que podrían muy bien tornarse injustas, por lo cual las he empleado en procurarme amigos. Recordando la oración de Eliseo al profeta Elías, cuando le pidió el don de su doble espíritu me presenté ante los Angeles y la Asamblea de los Santos, y les dije: «Soy la más pequeña de las criaturas; reconozco mi miseria, pero sé también hasta qué punto desean hacer el bien los corazones nobles y generosos; os suplico, pues, bienaventurados habitantes de la Ciudad celestial, que me adoptéis como hija;

sobre vosotros recaerá la gloria que me hagáis adquirir; dignaos atender mi oración, os suplico que me alcancéis vuestro *doble amor*.

18. Señor, no me veo con ánimos de profundizar mi petición por temor de verme agobiada bajo el peso de mis audaces deseos. Mi única excusa es mi título de *niña*; los niños no reflexionan el alcance de sus palabras. Sin embargo, si su padre o su madre ocupan un trono y poseen inmensos tesoros, no vacilan en colmar los deseos de esos seres débiles e inocentes, a los cuales aman más que a sí mismos. Por contentarlos cometen locuras, hasta que llegan a ser demasiado débiles.

Pues bien: yo soy hija de la Santa Iglesia: La Iglesia es reina, puesto que es vuestra esposa, ¡oh divino Rey de los reyes! No son riquezas ni gloria —ni siquiera la gloria del cielo— lo que anhela mi corazón. La gloria pertenece por derecho propio a mis hermanos, los Angeles y los Santos. La gloria mía será el reflejo que emanará de la frente de mi Madre. Lo que yo pido es *amor*. ¡Ya sólo una cosa sé, Jesús mío, *amaros!* Las obras ostentosas me están vedadas, no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre... ¡Qué importa! Mis hermanos trabajan por mí, y yo, pobre *niñita*, permanezco junto al trono real; *amo* por los que combaten.

Pero, ¿cómo demostraré mi amor, ya que el amor se prueba con obras? Pues bien: *la niñita echará flores...* Embalsamará con su fragancia el trono divino, y con voz argentina entonará el cántico del amor.

19. Sí, Amado mío, de esta manera se consumirá mi efímera vida en vuestra presencia. No tengo otro medio para demostraros mi amor que echar flores; es decir, no escatimar el menor sacrificio, no dejar perder ninguna palabra, ninguna mirada, aprovechar las menores acciones y ejecutarlas todas por amor. Quiero sufrir y hasta gozar por amor; así echaré flores; cuantas encuentre, sin

exceptuar una sola, las deshojaré en vuestro obsequio... Además, cantaré, cantaré constantemente, aunque tenga que sacar mis rosas de entre las espinas; cuanto más largas y punzantes sean éstas más melodioso será mi canto.

Pero, ¿de qué os servirán mis flores y mis cantos, Jesús mío? ¡Ah, sé muy bien que esta fragante lluvia, estos frágiles pétalos que carecen de valor, estos cantos de amor que entona este corazón tan pequeño os embelesarán a pesar de todo! Sí, estas nonadas os recrearán; harán sonreír a la Iglesia triunfante, la cual, queriendo jugar con la niña, recogerá las rosas deshojadas, y después de hacerlas pasar por vuestras manos divinas para comunicarle un valor infinito, las esparcirá sobre la iglesia purgante para apagar sus llamas; sobre la Iglesia militante para darle la victoria.

20. Oh, Jesús mío, os amo! Amo también a mi Madre la santa Iglesia; tengo presente que *el más pequeño impulso de puro amor le es más útil que todas las obras juntas.*

Pero, ¿ama mi corazón con amor puro? ¿No son mis inmensos deseos un sueño, una locura? ¡Ah, si así fuera, hacédmelo ver; Vos sabéis, Señor, que busco la verdad, Si mis deseos son temerarios, aniquiladlos, pues constituyen para mí el mayor de los martirios. Mas confieso que si no alcanzo un día las elevadas regiones hacia las cuales aspira mi alma, habré disfrutado más dulzura en mi martirio, en mi locura, de la que disfrutaré en el seno de las alegrías eternas, a menos que, por un milagro, me quitéis el recuerdo de mis esperanzas terrenales. ¡Jesús, Jesús!, si es tan delicioso el deseo del amor, ¿qué no será poseerlo y gozar de él para siempre?

21. ¿Cómo puede aspirar a la plenitud del amor un alma tan imperfecta como la mía? ¿Qué misterio es éste? ¡Oh único amigo mío; ¿Por qué no reserváis estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las águilas

que se ciemen en las alturas? ¡Ah!, soy un pobre pajarillo cubierto sólo de ligero plumón; no soy un águila, únicamente poseo de ella los ojos y el corazón... ¡Sí, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente el Sol divino del amor, y ardo en deseos de lanzarme hasta él! Quisiera volar, quisiera imitar a las águilas, pero sólo sé levantar mis alitas; no está al alcance de mi pequeño poder echarme a volar.

¿Qué va a ser, pues, de mí? ¿Moriré de dolor al verme tan impotente? ¡Oh!, no, ni siquiera me afligiré. Con audaz confianza allí me quedaré contemplando fijamente mi divino Sol, hasta la muerte. Nada podrá arredrarme, ni el viento, ni la lluvia. Y si espesos nubarrones ocultan el Astro de Amor, si me parece que no creo en la existencia de otra cosa que la noche de esta vida, éste será el momento de la *dicha perfecta*, el momento de extremar mi confianza hasta el último límite, guardándome de desertar de mi sitio, enterada de que tras esos tristes nubarrones sigue brillando mi dulce Sol.

22. ¡Oh, Dios mío, hasta aquí comprendo el amor que me tenéis! ¡Pero Vos sabéis que muy a menudo me distraigo de mi única ocupación, me alejo de Vos y mojo mis alitas, apenas formadas, en los miserables charcos de agua que encuentro en la tierra! Entonces *gimo como la golondrina*; este gemido os lo descubre todo, y os acordáis, ¡oh *misericordia infinita que no vinistéis a llamar a los justos, sino a los pecadores*.

No obstante esto, si permanecéis sordo a los plañideros arrullos de vuestra ruin criatura, si seguís ocultándoos, consiento en quedarme mojada y transida de frío, gozándome también en este sufrimiento, aunque merecido. ¡Oh Astro amado; Sí, soy feliz, al verme pequeña y débil en vuestra presencia y mi corazón sigue gozando de dulce paz... Sé que todas las águilas de vuestra corte celestial me tienen lástima, me protegen y me defienden espantando a los buitres, imagen de los demonios, que quisie-

ran devorarme. Mas no les temo, no soy destinada a ser su presa, sino la del Aguila divina.

23. ¡Oh, Verbo, oh Salvador mío! Tú eres el Aguila a quien amo, el Aguila que me atrae, tú eres el que, lanzándote a este destierro, quisiste sufrir y morir a fin de arrebatat todas las almas y sumergirlas hasta el centro de la Santa Trinidad, eterno foco del amor! Tú eres el que, remontando hacia la luz inaccesible, permanecer oculto en nuestro valle de lágrimas bajo la apariencia de cándida hostia, con el solo objeto de alimentarme de tu propia substancia. ¡Oh, Jesús, déjame decirte que tu amor raya en locura!... Considerando esta locura, ¿cómo quieres que mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo ha de tener límites mi confianza?

Por ti, lo sé, hicieron también los Santos muchas locuras y grandes cosas, pues eran águilas; yo soy demasiado pequeña para obrar grandes cosas y mi locura consiste en pretender que tu amor me acepte como víctima; mi locura es contar con los Angeles y los Santos para volar hasta ti con tus propias alas, ¡oh Aguila mía adorada! Todo el tiempo que quieras permaneceré con los ojos fijos en ti; quiero que tu divina mirada *me fascine*, quiero llegar a ser presa de tu amor. Tengo la esperanza de que un día te lanzarás sobre mí y llevándome al foco del amor, me sumergirás, por fin, en este abismo abrasador, para convertirme eternamente en su dichosa víctima.

* * *

24. ¡Oh, Jesús, si pudiera yo publicar tu inefable condescendencia a todas las *almas pequeñitas!* Creo que si, por un imposible, encontraras una más débil que la mía, te complacerías en colmarla de mayores gracias aún, con tal que confiara por entero en tu infinita misericordia.

Mas, ¿por qué, Amado mío, deseo tanto comunicar los secretos de tu amor? ¿No fuiste tú solo quien me los enseñaste? —¿Y no puedes revelarlos a los otros? Ciertamente

que sí; y te conjuro que lo hagas; *ite suplico que inclines tu divina mirada a un sinnúmero de almas pequeñitas, te suplico que te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas dignas de tu AMOR!*

CAPITULO XII ⁽¹⁾

EL CALVARIO.-VUELO HACIA EL CIELO.

«Consumada en breve, cumplió muchos tiempos; porque su alma era agradable a Dios, y por eso se apresuró a sacarla del mundo.» Por eso es grande negocio ejercitar mucho el amor, porque consumándose el alma en él, no se detenga mucho acá o allá sin verle cara a cara.

Muchas páginas de esta historia no se leerán jamás en la tierra...» Lo dijo Santa Teresita del Niño Jesús, y nosotros en pos de ella nos vemos precisados de repetirlos. Existen padecimientos que no es posible revelar acá abajo; sólo el Señor se reserva celosamente el dar a conocer su mérito y su gloria en la clara visión que rasgará todos los velos...

De esta clase fueron casi todos los padecimientos que hicieron el corazón sensible de la sierva de Dios, hasta el punto de que tal vez parezca a muchos que cruzó la tierra entre sonrisas y afectuosa ternura y que no conoció sino los suaves rayos de un sol primaveral, sin soportar las melancólicas lluvias del otoño y las glaciales ráfagas del invierno.

Santa Teresita del Niño Jesús padeció mucho aquí abajo, y en sus últimos días encargaba que *después de su muerte se diera a conocer eso a las almas*, sabiendo bien que este sello de la cruz, puesto a su vida, sería para muchos la señal de la autenticidad de su misión.

(1) Este capítulo lo compusieron las mismas religiosas de Lisieux, ayudadas del valioso manuscrito de la R. M. Inés de Jesús.

2. Con todo, no fue a causa de este martirio del corazón por lo que creyó aceptada como víctima de holocausto al Amor misericordioso del Salvador; lo creyó más bien porque sintió *desbordar en su alma las raudales de ternura infinita encerrado en el corazón divino*.

Es verdad que para atender a las necesidades de ciertas almas que carecían de flexibilidad en relación con la voluntad a veces crucificadora, del Esposo celestial, dijo que *ofrecerse como Víctima al Amor, es ofrecerse a todas las angustias*, «porque no se puede vivir en el amor sin dolor»; pero también dijo a otra alma, la cual a sus ojos representaba el género humano regenerado, sediento de perfección y amor, pero siempre tembloroso ante la cruz: *¿Por qué teméis ofreceros como Víctima al amor misericordioso? Si os ofrecéis a la justicia divina, podríais temer; pero el Amor misericordioso tendrá compasión de vuestra debilidad; él os tratará con dulzura, con MISERICORDIA*.

3. Hemos visto cuán grande fue el sacrificio de Teresita cuando tuvo que separarse para siempre de su padre, que tan tiernamente la amaba; y salir de la casa familiar, donde había sido tan feliz. Pero tal vez se crea que este sacrificio quedó muy suavizado porque volvía a reunirse en el Carmen con sus dos hermanas mayores, las queridas confidentes de sus interioridades; mas ocurrió todo lo contrario, ya que fue causa de las más sensibles privaciones para la joven postulante.

Como se guarda rigurosamente la soledad y el silencio, no podía ver a sus hermanas más que durante las horas de recreo. Si hubiera sido menos mortificada, a menudo habría podido sentarse a su lado; pero nada de eso, «buscaba con preferencia la compañía de las religiosas que menos le gustaban»; de modo que podía decirse que se ignoraba si sentía afecto más particular por sus hermanas.

4. Algún tiempo después de su ingreso, fue nombrada

ayudante en el refectorio de Sor Inés de Jesús, su «Paulina» tan querida; mas esto fue también nuevo manantial de sacrificios. Teresita sabía que toda palabra ociosa está prohibida, por lo que jamás se tomó la libertad de hacer la más mínima confidencia. «Oh Madrecita mía —dirá más tarde.—, cuánto sufrí entonces! No podía abrirle mi corazón y creía que ya no me conocía...»

Después de cinco años de tan heroico silencio, Sor Inés de Jesús fue elegida Priora. Al anochecer del día de la elección latió sin duda de alegría el corazón de «Teresita», pensando que en adelante ya podría hablar con toda libertad con su «Madrecita» y, como antes, desahogar su alma en la de ella; sin embargo, Dios permitió que de todas las religiosas fuese cabalmente Sor Teresita la que menos visitase a su Madre Priora...

Algunos años después, su gran espíritu sobrenatural le permitirá llamarse «DICHOSA» de morir en brazos de otra Priora a fin de poder ejercitar más aún su espíritu de fe en la autoridad».

* * *

5. La Santa quería vivir la vida del Carmen con toda la perfección requerida por su santa Reformadora. Cuando la calidad del trabajo al cual se entregaba no absorbía necesariamente su atención, su pensamiento volvía naturalmente a Dios. Entrando cierto día en su celda una novicia, detúvose ésta de repente sorprendida por la celestial expresión de su rostro. Estaba cosiendo con gran actividad, y sin embargo parecía abismada en profunda contemplación. «¿En qué está pensando?», le preguntó la novicia. «Estoy meditando la Oración dominical —respondió—, ¡Es tan dulce llamar a Dios *Padre nuestro!*». Y en sus ojos brillaban lágrimas.

«No acierto a ver claramente qué tendré de más en el cielo que no tenga ahora —decía en otra ocasión—. Veré a Dios, es verdad; pero, en cuanto a estar con El, con El estoy ya del todo aquí en la tierra.»

6. Intensa llama de amor la devoraba. He aquí lo que dice ella misma:

«Algunos días después de mi ofrenda al «Amor misericordioso», comenzaba en el coro el ejercicio del Vía Crucis, cuando de repente me sentí herida por un dardo de fuego tan ardiente, que por poco me moría. No sé cómo explicar ese transporte; no hay comparación que pueda dar a entender la intensidad de semejante llama. Parecía-me que una fuerza invisible me sumergía enteramente en el fuego. ¡Oh, qué fuego, qué dulzura!»

Al preguntarle la Madre Priora si aquel arrobamiento era el primero de su vida, contestó sencillamente:

«Madre mía, he tenido muchos arrobamientos de amor; particularmente una vez durante mi noviciado, que permanecí una semana entera muy lejos de este mundo. Me es imposible expresarlo; parecía obrar con un cuerpo prestado, y que un denso velo me cubría todas las cosas de la tierra, mas no me abrasaba una llama real y verdadera; podía soportar aquellas delicias sin esperar que con su peso se rompieran mis ligaduras, en tanto que el día a que me refiero, con un minuto, un segundo más, mi alma se hubiera separado del cuerpo... ¡Desgraciadamente, me encontré otra vez en la tierra y volvió inmediatamente a reinar la aridez en mi corazón».

!Espera todavía un poco, dulce víctima de amor; la mano divina ha retirado su dardo de fuego; pero la herida es mortal!...

* * *

7. En esta unión íntima con Dios, adquirió Santa Teresita un dominio verdaderamente notable sobre sus actos; todas las virtudes se desarrollaron a porfía en el delicioso jardín de su alma.

Pero no se vaya a creer que este magnífico florecimiento de bellezas sobrenaturales creció sin esfuerzo alguno.

«No hay en la tierra fecundidad sin dolor: dolores físicos, angustias privadas, pruebas conocidas de Dios o de

los hombres. Cuando leyendo las vidas de los Santos sentimos germinar en nosotros pensamientos piadosos, resoluciones generosas, no hemos de limitarnos, como si se tratara de lecturas profanas, a pagar cualquier tributo de admiración al genio de sus autores, sino más aún: debemos pensar en el costoso precio a que ellos pagaron indudablemente el bien sobrenatural que ahora producen en nuestras almas».

8. Si ahora «la Santita» obra en los corazones maravillosas transformaciones, y hace en la tierra un bien inmenso, puede creerse con toda verdad que lo ha comprado al mismo precio que el divino Jesús pagó el rescate de nuestras almas: con el sufrimiento y la cruz.

No fue ciertamente el menor de sus padecimientos la lucha animosa que emprendió consigo misma, rehusando toda satisfacción a las exigencias de su pundonorosa y ardiente naturaleza. Muy niña aún, tomó la costumbre de no excusarse ni quejarse jamás; en el Carmen quiso ser la humilde servidora de sus hermanas.

Con este espíritu de humildad, se esforzaba en obedecer a todas indistintamente.

Cierta tarde, durante su enfermedad, debía la Comunidad reunirse en la ermita del Sagrado Corazón para cantar un himno. La Santa, minada ya por la fiebre, se trasladó allí penosamente, teniendo al llegar que sentarse. Pero una religiosa le hizo señas de levantarse, y se la vió entonces obedecer en seguida y a pesar del cansancio permaneció en pie hasta el fin.

La enfermera le había aconsejado que diese todos los días un paseito de un cuarto de hora por el jardín. Este consejo fue para ella como orden terminante. Una tarde, viendo una hermana que andaba trabajosamente, le dijo: «Mejor sería que descansase; su paseo en tales condiciones no puede serle de provecho; se fatiga y nada más» —«Es verdad —contestó aquella hija de la obediencia—; pero, ¿sabe lo que me da fuerzas?... Pues bien, *ando para*

un misionero. Pienso que allá muy lejos, puede haber alguno casi agotado de fuerzas en sus excursiones apostólicas, y para disminuir sus fatigas ofrezco las mías a Dios».

9. A sus novicias les daba ejemplos sublimes de desprendimiento.

Cierto año, con motivo de los días de la Madre Priora, nuestras familias y los obreros del monasterio enviaron ramos de flores. Se ocupaba Teresita en colocarlos con arte, cuando una hermana conversa le dijo con tono desabrido: «Bien se deja ver que estos grandes ramilletes han sido regalados por su familia; los de los pobres quedarán una vez más ocultados.» Una amable sonrisa fue la sola contestación de la santa carmelita, y al punto, a pesar del desconcierto que resultaba del cambio, puso en primera línea los ramilletes de los pobres.

Sobrecogida de admiración ante un acto de tan rara virtud, fue la hermana conversa a acusarse de su imperfección a la Reverenda Madre Priora, alabando con todo encomio la paciencia y humildad de la Santa.

Por eso, cuando la Reinecita voló de este destierro al reino de su Esposo, esa misma hermana, llena de fe en su poder, puso su frente sobre los helados pies de la Santa, pidiéndole perdón de su falta de otro tiempo. En el mismo instante se sintió curada de la anemia *cerebral* que desde hacía muchos años le impedía la lectura y la oración mental.

* * *

10. En vez de evitar las humillaciones, las buscaba con gran diligencia; así se ofreció para ayudar a una hermana conocida por difícil de contentar; su generosa proposición fue aceptada. Un día que acababa de aguantar no pocos reproches, te preguntó una novicia por qué estaba tan contenta. Grande fue su sorpresa al oír esta contestación: «Es que la Hermana *** acaba de decirme cosas desagradables. ¡Oh, cuánto me ha complacido! Quisiera ahora encontrarla para poder sonreírle». En aquel

mismo instante, la hermana llamó a la puerta, y la novicia, maravillada, tuvo ocasión de ver cómo perdonan los santos.

Más tarde oiremos de sus labios: «Había remontado el vuelo tan alto sobre todas las cosas, que salía de las humillaciones fortalecida».

* * *

11. A todas estas virtudes añadía un valor extraordinario. Desde su entrada a los quince años, salvo los ayunos, se la dejó seguir todas las prácticas de nuestra austera regla. A veces, sus compañeras de noviciado observaban su palidez y procuraban que se la dispensase de los maitines del oficio de la noche, o de levantarse a primera hora de la mañana; pero la Reverenda Madre Priora jamás accedía a sus peticiones: «Un alma de este temple —decía— no debe tratarse como una niña; las dispensas no se han hecho para ella. Dejadla, que Dios la sostiene. Por lo demás, si está enferma, ella es quien debe venir a decirlo».

Pero Santa Teresita tenía por lema que *antes de quejarse hay que llegar hasta donde permitan las fuerzas*. ¡Cuántas veces fue a maitines con vahidos o con violentos dolores de cabeza! «Puedo caminar todavía —se decía—; pues bien, debo cumplir con mi deber.» Y gracias a esta singular energía, realizaba con sencillez actos heroicos.

12. Su delicado estómago, se amoldaba difícilmente a la alimentación frugal del Carmen, por lo cual había ciertos platos que la hacían enfermar; pero ella sabía disimularlo con tanta maña, que nadie jamás lo sospechó. Una de sus vecinas en la mesa dice que en vano procuró adivinar qué manjares prefería; por esto las hermanas cocineras, viéndola tan poco difícil de contentar, le servían invariablemente las sobras.

Solamente durante su última enfermedad, cuando se le ordenó que dijese cuáles eran los platos que le dañaban, fue cuando se descorrió el velo de su mortificación.

«Cuando Jesús quiere que una sufra —decía entonces— es absolutamente necesario pasar por ello. Así mientras mi hermana María del Sagrado Corazón (su hermana María) fue provisora, se esforzaba en cuidarme con la ternura de una madre, por lo cual parecía estar yo muy mimada. Sin embargo ello, ide cuántas mortificaciones me fue causa! Porque ella me servía según sus gustos, del todo opuestos a los míos.»

* * *

13. Su espíritu de sacrificio era universal. Todo cuanto había de más penoso y menos agradable, lo tomaba para sí como si le perteneciera por derecho; todo cuanto Dios le pedía, prontamente se lo daba sin acordarse de sí misma para nada.

Durante el tiempo que estuve de postulante —dice— me costaba gran trabajo hacer ciertas modificaciones exteriores que se acostumbran en nuestros conventos; pero jamás cedí a mis repugnancias; me parecía que el Crucifijo del patio me miraba con ojos suplicantes, y mendigaba de mí aquellos sacrificios».

14. Era tal su vigilancia, que nunca dejó de observar con toda fidelidad las más leves recomendaciones de la Madre Priora, ninguno de estos insignificantes reglamentos que hacen la vida religiosa tan meritoria. Habiendo una hermana antigua observado su extraordinaria fidelidad en este punto, la tuvo desde entonces en concepto de santa.

Fueron muy pocas las penitencias morales que hizo fuera de las de la Regla, por haberle hecho comprender el Espíritu Santo que santifica incomparablemente más la mortificación del espíritu y del corazón. Sucedió, con todo, que enfermó por haber llevado demasiado tiempo una cruz pequeña de hierro cuyas puntas se le clavaron

en la carne. «Con seguridad que no me habría sucedido esto por tan poca cosa —decía ella después—, si Dios no hubiera querido hacerme comprender que las maceraciones de los santos no son para mí ni para las almas pequeñas que sigan el mismo camino de mi infancia.»

15. La privación de la lumbre, durante el invierno, fue el más rudo de sus padecimientos físicos en el Carmen. Fácilmente se comprenderá lo que aquella delicada niña hubo de sufrir durante los crudos inviernos de Normandía, en el húmedo clima de Lisieux.

Cuando era más rigurosa la temperatura, después de haber permanecido transida de frío todo el día, iba la Santa por la noche, después de Maitines, a calentarse algunos instantes en la sala de Comunidad. Mas, para volver a su celda, le era preciso andar cincuenta metros al aire libre, debajo de los claustros; el resto del trayecto, por la escalera y el largo y glacial corredor acababa de quitarle el poco calor tan parcamente concedido.

16. Por esto, cuando se tendía sobre su jergón envolviéndose en sus dos pobres mantas, sólo hallaba un reposo interrumpido por frecuentes insomnios, y aun le ocurría pasar a veces la noche entera temblando de frío y sin poder conciliar el sueño. Hubiera obtenido prontamente un alivio si desde los primeros años lo hubiese dicho a la Maestra de Novicias; pero quiso aceptar aquella ruda mortificación sin quejarse, y sólo la reveló en su lecho de muerte con estas expresivas palabras: «Mi mayor padecimiento físico durante mi vida religiosa, ha sido el frío; lo he padecido *hasta morir*».

No obstante, si en su generosidad había aceptado con gozo aquella austera penitencia, dentro de su cordura y de su discreción, santas del todo, supo también dar a entender, con obediencia y respeto, que aquel exceso, permitido por Dios no era sin embargo de su agrado y que, en lo sucesivo harían bien en suavizarlo. Pensaba que no tener en cuenta, haciendo observar la Regla, las diferen-

cias de latitudes y las diversidades de temperaturas, era tentar a Dios y pecar contra la prudencia.

* * *

17. Ya estamos enterados de llamamiento del Viernes Santo, 3 de abril de 1896, en el que Santa Teresita del Niño Jesús oyó, según expresión suya «*como un rumor lejano que le anunciaba la llegada del Esposo*». Largos meses muy dolorosos debían transcurrir aún, antes de que le llegara la hora bendita de la liberación.

Por la mañana de aquel Viernes Santo supo con tal arte persuadir que su vómito de sangre no tendría importancia alguna, que la Reverenda Madre Priora, ciega sobre el estado de la Santa, le permitió hacer todas las penitencias que la Regla prescribe para dicho día. Por la tarde, una novicia la vio limpiando las ventanas. Estaba lívida, y a pesar de su gran energía, parecía completamente agotada de fuerzas. Viéndola tan acabada, la novicia, que la quería mucho, rompió en llanto y la rogó que le permitiese pedir en su favor algún alivio. Pero su joven Maestra se lo prohibió terminantemente, diciendo que bien podía soportar una ligera fatiga aquel día en que Jesús tanto padeció por ella.

18. El primer accidente no lo supieron sus hermanas hasta el mes de mayo de 1897, y reprochándole cariñosamente la Madre Inés de Jesús el habérselo callado, exclamó: «Oh, pobre Madrecita mía, dé gracias a Dios, porque conociendo mi estado y viéndome tan poco cuidada, hubiera sufrido demasiado».

Pronto una tos persistente alarmó a la Reverenda Madre; pero gracias al régimen tonificante a que sometió a la Santa, la tos desapareció por algunos meses. Entonces fue cuando nuestra querida hermanita dijo: «Verdaderamente, la enfermedad nos lleva con demasiada lentitud; no cuento con ella, *sino tan sólo con el amor*».

Anhelando ardientemente poder responder al apre-

miante llamamiento del Carmen de Hanoi, comenzó una novena al venerable Teófilo Vénard, con el fin de obtener su completa curación. Pero ¡ay!, fue esa novena el punto de partida de un estado de la mayor gravedad.

* * *

19. Después de haber como Jesús «*pasado por el mundo haciendo bien*»; después de haber sido olvidada y desconocida como El, iba Teresita a subir tras El un doloroso Calvario.

Acostumbrada la Madre Priora a verla sufrir siempre, pero sin dejar de mostrarse animosa, le permitió que siguiera todos los ejercicios de la Comunidad, de los cuales algunos la fatigaban muchísimo.

Llegada la noche, la pobrecita debía subir sola la escalera del dormitorio; deteniéndose en cada escalón, para tomar aliento iba penosamente a la celda, donde llegaba de tal modo aniquilada que necesitaba a veces (según más tarde manifestó ella misma) una hora entera para desnudarse. Y después de tantas fatigas, tenía que pasar el tiempo del descanso sobre su duro jergón. Así pasaba muy mal las noches, y cuando se le preguntaba si necesitaba alguna ayuda para aquellas horas de sufrimiento, contestaba: «¡Oh, no! al contrario, me considero muy feliz en habitar una celda bastante retirada para no ser oída de mis hermanas. Gozo en poder sufrir sola; pero si me compadecen y colman de delicadezas, entonces *dejo de gozar*».

20. Frecuentemente le daban botones de fuego en el costado. Cierta día que había padecido extraordinariamente con ellos, y descansaba durante la recreación, oyó estas palabras dichas en la cocina: «No tardará en morir la hermana Teresita del Niño Jesús; y, a la verdad, no sé que podrá decir de ella nuestra Madre después de su muerte. Se encontrará en un verdadero apuro, porque esta hermanita a pesar de ser tan amable, no ha hecho

nada ciertamente que merezca ser referido».

La enfermera que lo había oído todo, dijo a la Santa:

– Si V. C. se hubiera apoyado en la opinión de las criaturas, hoy quedaría bien desilusionada.

– ¡La opinión de las criaturas! ¡Ah, felizmente me ha hecho siempre Dios la gracia de tratarla con entera indiferencia! Oiga un caso que acabó de mostrarme lo que vale:

«Pocos días después de mi toma de hábito, fui a la celda de nuestra Madre. Una hermana lega, que se encontraba allí, en cuanto me vió, dijo: «¡Madre nuestra, V. R. ha recibido una novicia que la honra! ¡Qué cara de salud la que tiene! ¡Confío que observará mucho tiempo la regla!» Estaba yo muy satisfecha del elogio, cuando llegó otra hermana de velo blanco, y en llegando, me dijo «¡Pobre Hermanita mía, Teresita del Niño Jesús, qué cansada parece! Tiene una cara que da miedo; si continúa así, poco tiempo seguirá la regla...» No tenía yo más que dieciséis años; pero este lancecito sirvióme de tal experiencia, que desde entonces tuve absolutamente en nada la tan variable y antojadiza opinión de las criaturas.»

21. Dicen que V. C. nunca ha padecido mucho.

Entonces sonriendo la Santa mostró un vaso que contenía una medicina de color rojo muy subido, y dijo:

–¿Ve V. C. este vasito? Se creería que contiene un licor delicioso; en realidad, nada tomo que sea más amargo. Pues bien; ésta es la imagen de mi vida; a los ojos de los demás, ha revestido siempre los más sonrientes colores; les ha parecido que yo bebía un licor exquisito, más era amargura, y con todo, mi vida no ha sido amarga, porque he sabido convertir toda amargura en mi dicha y regalo.

–V. C. debe padecer mucho ahora, ¿verdad?

–Sí, pero ilo he deseado tanto!

–¡Cuánto nos apena verla padecer tanto y pensar que quizá padecerá más todavía! –decíanle sus novicias.

–¡Oh; no se aflijan por mí: «*he llegado a no poder padecer ya, porque me es dulce todo padecimiento*». Ade-

más hacen muy mal en inquietarse por lo que de doloroso pueda acontecer en adelante; esto casi equivale a meterse en crear. Los que andamos por el camino del amor, jamás debemos inquietarnos por nada. Si no padeciera por minutos, me sería imposible conservar la paciencia; pero cierro los ojos a lo pasado, me abstengo de mirar lo por venir, y no atiendo sino al momento presente. Si uno se desalienta, si a veces desespera, es porque se piensa en lo pasado y en lo que debe venir. De todos modos, rueguen por mí; porque con frecuencia, cuando acudo al cielo pidiendo socorro, es cabalmente cuando más me desampara.

—¿Y cómo se arregla V. C. para no desanimarse durante estos desamparos?

—Me dirijo a Dios, y a los santos, y les doy gracias a pesar de todo, porque *«creo que se proponen ver hasta dónde llega mi esperanza...»* No en balde las palabras de Job penetraron en mi corazón: *«Aun dado que el Señor me quitare la vida, en El esperaré»*. Lo confieso, nada me ha costado llegar a este grado de conformidad; ahora ya lo he conseguido; *«El Señor me ha tomado y allí me ha colocado»*.

22. Mi corazón está lleno de la voluntad de Jesús —decía también—. Por eso, cuando algo se le vierte encima, no penetra hasta el fondo; es un nada que fácilmente se desliza como el aceite en la superficie del agua cristalina. ¡Ah, si mi alma no estuviese previamente llena, si fuese menester llenarla con los sentimientos de alegría y de tristeza que se suceden tan presto, sería una oleada y amarguísimo dolor! Pero estas alternativas sólo rozan mi alma; por esto quedo siempre en profunda paz, que nada puede alterar.

23. Sin embargo de ello, su alma estaba envuelta en densas tinieblas; sus tentaciones contra la fe siempre vencidas y siempre renacientes, allí estaban para quitarle

todo sentimiento de felicidad al pensar en la muerte cercana.

«Si yo no padeciera la tribulación que es imposible comprender —decía—, creo que moriría de gozo con sólo pensar que pronto saldré de esta tierra».

El divino Maestro quería acabar de purificar con aquella tribulación y darle medios, no sólo para andar con paso rápido, sino para volar raudamente por su *caminito de confianza y de total abandono*. Sus propias palabras lo prueban a cada instante:

«No tengo más preferencia por la muerte que por la vida; si el Señor me dejara escoger, nada escogería; no quiero sino lo que El quiere: *lo que El hace es lo que yo amo*. No me amedrentan los últimos combates, ni los padecimientos de la enfermedad, por grandes que sean. Dios siempre me socorrió, me ayudó y me llevó de la mano desde mi más tierna infancia... Confío en El. Podrá el dolor llegar a lo sumo, pero estoy cierta de que Dios jamás me abandonará.»

* * *

24. Semejante confianza debería exasperar el furor del demonio, que siempre en los últimos momentos pone en juego todas sus astucias infernales para ver si consigue infiltrar la desesperación en los corazones.

«Anoche —confesaba una vez a la M. Inés de Jesús— fui presa de verdadera angustia, y se hicieron aun más densas las tinieblas de mi alma. No sé qué voz maldita me decía: ¿Estás segura de que Dios te ama? ¿Ha venido a decírtelo? La opinión de algunas criaturas no te justificará delante de El.

«Hacia ya largo rato que me atormentaban estos pensamientos, cuando me trajeron su providencial esquila. V. R. me recordaba en ella, Madre mía, todos los privilegios que tiene Jesús sobre mi alma, y como si le hubiesen revelado mi angustia, me decía que Dios me amaba con predilección y que estaba en vísperas de recibir de sus

manos la corona eterna. Renacía ya la tranquilidad y la esperanza en mi corazón; cuando todavía me fije a mí misma: «El afecto que me profesa mi Madrecita le ha dictado estas palabras.» Por una inspiración súbita, cogí entonces el santo Evangelio, lo abrí al azar, y dieron mis ojos con estas palabras que nunca había advertido: «*Aquel a quien Dios envió, habla palabras de Dios, porque Dios le da el espíritu sin medida*».

«Con esto me dormí enteramente consolada. Vuestra Reverencia, Madre mía, es la enviada de Dios cerca de mí y debo creerla, ya que dice las mismas cosas que Dios.»

25. En el transcurso del mes de agosto, permaneció muchos días como fuera de sí rogándonos encarecidamente que hiciésemos rezar por ella. Nunca la habíamos visto en aquel estado de indecible angustia, en medio de la cual repetía: «¡Oh, cuán necesario es rezar por los agonizantes! ¡Si se supiese!» Una noche suplicó a la enfermera, que rociara su cama con agua bendita:

«El demonio anda en torno mío; no lo veo, pero lo siento... Me atormenta, me sujeta como lo haría con una mano de hierro para impedirme que tome el más ligero alivio; aumenta mis males a fin de que desespere... ¡Y no puedo rezar! Sólo puedo mirar a la Virgen Santísima y decir: ¡Jesús! ¡Qué necesaria es aquella oración de completas: *Procul recedant somnia et noctium phantasmata!* ¡Libranos de los fantasmas de la noche!»

«Experimento algo misterioso... no padezco por mí, sino por otra alma... y el demonio no quiere.»

La enfermera encendió un cirio bendito, y el espíritu de las tinieblas huyó para no volver más. Con todo, la Santa continuó con angustias dolorosísimas hasta el fin.

26. Un día, mientras contemplaba el cielo, una de nuestras hermanas le hizo esta reflexión:

«Pronto habitará V. C. más allá de este azulado cielo, ¡Con qué amor lo contempla!, ¿no es verdad?»

Ella contentóse con sonreír, y después dijo a la Madre Inés de Jesús:

«Madre mía, nuestras hermanas ignoran mis padecimientos. Cuando contemplaba el azulado firmamento, sólo pensaba en admirar el cielo material: *el otro está cada vez más cerrado para mí...* En el primer momento me afligió la reflexión que me hicieron; pero después una voz interior me dijo: «*Sí, mirabas el cielo por amor. Pues estando tu alma enteramente entregada el amor, todas tus acciones, aun las más indiferentes, llevan este sello divino.*» Lo que me consoló en el acto.»

A pesar de las tinieblas que la envolvían enteramente, el Carcelero divino entreabría de vez en cuando la puerta de su obscura prisión; entonces se producía en su alma un transporte de confianza, de esperanza y de amor.

27. Paseándose un día por el jardín, sostenida por una de sus hermanas, detúvose ante el primoroso cuadro de una gallina blanca cobijando bajo las alas a su graciosa familia. Pronto llenáronse de lágrimas sus ojos, y volviéndose a su querida compañera, le dijo: «No puedo permanecer más tiempo aquí; entremos pronto...» Y continuó llorando largo rato en su celda, sin poder articular palabra. Por fin, mirando a su hermana con celestial expresión, añadió:

«Me ha asaltado la idea de la dulce comparación que nuestro Señor eligió para asegurarnos su amor. ¡Durante toda mi vida, no ha hecho otra cosa conmigo: *Me ha resguardado totalmente bajo sus alas.* No puedo explicar lo que pasó en mi corazón. Bien hace Dios en ocultarse a mis miradas y en no mostrarme, sino muy raras veces, y *como a través de una reja* los efectos de su misericordia pues conozco que no podría soportar tan inefable dulzura.»

28. No podíamos resignarnos a perder aquel tesoro de virtudes. El 5 de junio de 1897 principiamos una ferviente novena a Nuestra Señora de las Victorias, confiando

que también esta vez haría el milagro de reanimar a su querida «florecita». Mas nos dió igual respuesta que el santo mártir Teófilo, por lo que tuvimos que aceptar la amarga perspectiva de una próxima separación.

29. A principios de julio, habiendo aumentado notablemente la gravedad, la bajamos por fin a la enfermería.

Viendo su celda vacía, y sabiendo que ya no volvería a ocuparla jamás, le dijo la Madre Inés de Jesús:

– Cuando V. C. nos haya dejado, ¡cuánta pena me dará mirar esta celda!

– Pues para consolarse, pensará, Madrecita mía, que estoy muy feliz allá arriba y que gran parte de mi dicha la gané en esta celdita. Pues –añadió, levantando al cielo su hermosa y profunda mirada–, *en ella he padecido mucho*, y en ella hubiera muerto gustosa.

* * *

30. Al entrar en la enfermería, la primera mirada de Teresita fue para la Virgen milagrosa que allí habíamos colocado. Sería imposible referir con palabras la ideal expresión de aquella mirada.

–¿Qué ve? –le dijo su hermana María, la misma que en su infancia fue testigo de su éxtasis y le sirvió también de madre. Ella respondió:

–¡Jamás me ha parecido tan hermosa!... Pero hoy es la imagen, *mientras que la otra vez, bien sabe V. C. que no era la imagen...*

Con frecuencia fue después la Santa consolada de igual manera. Una tarde exclamó:

«¡Oh, cuánto amo a la Virgen María! Si hubiera sido sacerdote, ¡qué bien habría yo hablado de ella! Nos la presentan inaccesible; debieran presentárnosla imitable. *¡Tiene más de madre que de reina!* Se ha dicho que su brillo eclipsa el de todos los santos, así como el sol, al parecer la aurora, hace desaparecer las estrellas. ¡Dios mío, cuán extraño es esto! ¡Una madre que ofusca la gloria de

sus hijos! yo pienso todo lo contrario; creo que aumentará, pero en mucho, el esplendor de los elegidos... ¡La Virgen María! ¡Cuán sencilla me parece que debió de ser su vida!»

Y así continuó su discurso, haciéndonos una pintura tan suave y embelesadora de la vida íntima de la Sagrada Familia que nos dejó admiradas.

31. Una prueba muy penosa le estaba aguardando. Desde el día 16 de agosto hasta el 29 de septiembre, día de su eterna comunión, no le fue posible recibir la sagrada Comunión. Con todo, ¿quién había deseado con más fervor el pan de los Angeles que aquel serafín de la tierra? ¡Cuántas veces, aun en el rigor del invierno de aquel año último, después de haber pasado la noche con tormentos atroces, la vieron volar al amanecer a la Santa Mesa! ¡Nunca creyó comprar demasiado cara la dicha de unirse a su Dios!

32. Antes de verse privada de este Pan celestial, visitóla nuestro Señor a menudo en su lecho de dolor. La comunión de 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, fue verdaderamente conmovedora. Durante la noche, compuso estas estrofas, que debían cantarse el día siguiente:

Tú que mi pequeñez miras piadoso
Y no desdeñas descender a mí,
Entra en mi corazón, ¡Rey del Sagrario!
Ya lo ves palpar... sólo por Ti.
Y luego... inada más! Seré dichosa
Si me dejas, mi Bien, morir de amor...
Mira ¡Oh Jesús! el grito de mi alma:
¡Reina en mi corazón!

Pues mi gran pequeñez Tú no desdeñas
Ya que no temes descender a mí,
Aprenda yo el amor que Tú me enseñas,
Reciba yo esa gran virtud de Ti.

Mi pecho lleno de candor divino,
¡Oh Sacramento! clamará favor,
Puesto que eres mi vida y mi destino
¡Guarda mi amor!

Por la mañana, al paso del Santísimo Sacramento, una tupida alfombra de flores silvestres y rosas deshojadas cubría el enlosado de los claustros. Un joven sacerdote, que debía ese mismo día celebrar su primera Misa en nuestra capilla, llevó el sagrado Viático a nuestra querida enferma y Sor María de la Eucaristía, cuya melodiosa voz tenía vibraciones celestiales, cantó para satisfacer sus deseos:

Morir de amor, Dios Santo, martirio es delicioso,
Martirio que yo anhelo sufrirlo venturoso.
Querubes del Empíreo, templad vuestra áurea lira:
Porque según presiento, ya mi destierro expira.
Dardo inflamado, hiere, hiéreme prontamente,
Y el corazón traspasa, que triste aquí se siente.
En este mundo sea verdad el sueño mío:

Morir, ¡oh Jesús mío!,
Morir de amor ardiente.

33. Algunos días después, la pequeña víctima de Jesús empeoró, y el día 30 de junio recibió la Extremaunción. Entonces, radiante de alegría, nos dijo:

«Está entreabierta la puerta de mi lóbrega prisión; estoy muy contenta, sobre todo desde que nuestro Padre Superior me ha asegurado que mi alma se parece hoy a la de un niño después del bautismo:»

No hay duda que pensaba volar pronto al cielo; pero no sabía que le faltaban aún dos meses de prolongado martirio, antes de conseguir la tan suspirada libertad.

Cierto día, dijo a la Madre Priora:

«Madre mía, le ruego que me dé permiso para morir... Déjeme ofrecer mi vida para tal intención...»

Siéndole negado este permiso:

—Pues bien —replicó—, yo sé que, en este momento, Dios desea tanto *un racimito de uva* que nadie quiere ofrecerle, que se verá obligado *venir a robarlo...* Yo nada pido, porque sería salir de mi camino de abandono; sólo ruego a la Virgen María que recuerde a su Jesús el título de «Ladrón» que El mismo se dio en el Santo Evangelio, para que no olvide venir a «robarme».

34. Presentáronle un día un haz de espigas de trigo. La Santa tomó una tan repleta de granos, que se doblegaba el tallo por el peso; la contempló largo rato, y luego dijo a la Madre Priora:

«Madre mía, esta espiga es la imagen de mi alma. *¡Dios me ha colmado de gracias, para bien mío y de otras muchas almas!...* ¡Ah, quiero inclinarme siempre bajo la abundancia de los dones celestiales, reconociendo que todo nos viene de arriba!»

Ciertamente no se engañaba. Sí, su alma estaba colmada de gracias... ¡Con qué facilidad nos parecía distinguir el Espíritu de Dios alabándose a sí mismo por medio de aquella boca inocente!

Este Espíritu de verdad ¿no hizo ya escribir a la gran Teresa de Avila:

«Las almas a quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen a este estado (de unión), que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción?...» «No curen de unas humildades que hay, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones...» «Es cosa muy clara que amamos más a una persona, cuando se nos acuerdan las buenas obras que nos hace...» «Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico?...».

* * *

35. Mas no es ésta la única vez que *Teresita de Lisieux* pronunció palabras verdaderamente inspiradas.

En el mes de abril de 1895, cuando todavía estaba bien de salud, hizo la siguiente confidencia a una antigua religiosa digna de entero crédito:

«Pronto moriré; no quiero decir que sea dentro de algunos meses, *pero si dentro de dos o tres años a lo más; lo presiento por lo que pasa en mi alma.*»

Las novicias le manifestaban la sorpresa que les causaba ver cómo adivinaba sus más íntimos pensamientos.

«He aquí mi secreto —les dijo—; jamás les hago advertencias sin antes invocar a la Santísima Virgen pidiéndole que me inspire lo que más debe aprovecharles; algunas veces hasta yo misma me admiro de lo que les enseñó. Sencillamente, veo cuando se lo digo que no me equivoco y que Jesús habla por mi boca.»

Durante su enfermedad, una de sus hermanas acababa de pasar un momento de penosa angustia, casi de desaliento, pensando en la próxima e inevitable separación. Entrando luego en la enfermería sin dejar traslucir por su exterior la pena interna que la afligía, quedó muy sorprendida al oír a nuestra santa enfermita decirle con acento serio y triste: «¡No se debería llorar como aquellos que carecen de toda esperanza!».

Visitándola una de nuestra Madres, le hizo un pequeño servicio. «¡Cuán feliz sería —pensaba— si este ángel me dijese: ¡Desde el cielo se lo pagaré!» En el mismo instante Santa Teresita, volviéndose hacia ella, le dijo: «¡Madre mía, *desde el cielo se lo pagaré!*»

36. Pero lo más sorprendente es que parecía tener conciencia de la misión para la cual Dios la había enviado a la tierra. Parecía haberse descornado ante ella el velo de lo por venir, cuyos secretos nos reveló de una vez con profecías que ya se han cumplido.

«Jamás he dado a Dios otra cosa que amor —decía—; pues bien: El me devolverá amor: ¡DESPUÉS DE MI MUERTE HARÉ CAER UNA LLUVIA DE ROSAS!»

Hablábale una hermana de la bienaventuranza del cielo; mas ella le interrumpió diciendo:

-No es eso lo que me atrae.

-¿Pues qué?

-¡Oh, es el AMOR! Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al AMOR.

37. Una tarde recibió a la Madre Inés de Jesús con semblante particular de serena alegría:

«Madre mía, acabo de oír unas perdidas notas de un concierto lejano, y he pensado que pronto escucharé melodías sin par; pero esta esperanza no ha llegado a satisfacerme más que por un instante; otra esperanza es la que sola hace latir mi corazón: *el amor que recibiré y el que podré dar.*

«Presiento que la misión mía va a empezar, la misión de hacer amar a Dios como yo le amo..., de enseñar mi caminito a las almas. QUIERO PASAR MI CIELO HACIENDO BIEN EN LA TIERRA. Esto no es imposible, puesto que en el seno mismo de la visión beatífica, los ángeles velan por nosotros. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin del mundo! Mas cuando el ángel haya dicho «que ya no habrá más tiempo», entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los escogidos estará ya completo.

38. ¿Qué caminito quiere, pues, enseñar a las almas?

-Madre mía, *el caminito de la infancia espiritual, el camino de la confianza y del abandono total.* Quiero indicarles los medios sencillos y fáciles que a mí me han dado resultado tan excelente, y decirles que tan sólo una cosa debe hacerse acá abajo; *¡Obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias! ¡Así es cómo yo le he conquistado; por eso seré allá tan bien recibida!*

«Si con mi caminito de amor las indujese a error -les decía a sus novicias-, no teman que se lo deje seguir por mucho tiempo. Pronto me aparecería para decirles que tomen otro camino; pero si no vuelvo, crean en la verdad de mis palabras: *Jamás se tiene demasiada confianza en*

Dios, tan potente y misericordioso. «¡Se obtiene de El todo cuanto de El se espera!...»

39. La víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen le dijo una novicia:

«Si V. C. muriese mañana, después de la comunión, sería una muerte tan preciosa, que estoy persuadida de que me dejaría consolada de toda mi pena.»

Pero Santa Teresita respondió con viveza:

«¡Morir después de la comunión! ¡Un día de gran fiesta! No, no será así: *las almas pequeñas no podrían imitar eso*. En mi caminito no hay sino cosas muy ordinarias; es preciso que todo lo que yo haga puedan hacerlo igualmente las almas pequeñas.»

40. Llevábanle a menudo rosas que deshojaba ella sobre su crucifijo, acariciándolo con cada pétalo y como un día cayesen por tierra esas sagradas reliquias: «Recoged estos pétalos —dijo—; *más tarde os servirán para obsequiar. No perdáis ninguna.*» Efectivamente, han servido no sólo para obsequiar, sino para obrar milagros.

Decíale también a su *Madrecita*: «En el Cielo obtendré muchas gracias para aquellos que me han hecho bien. Para V. R., Madre mía, no todo podrá servirle; pero habrá mucho para regocijarla.»

41. Una hermana dudaba de su paciencia. Cierta día, al visitarla, observando en su semblante una expresión de alegría celestial, quiso saber la causa de ella.

«Es porque experimento muy vivo dolor —respondió la heroica enferma—; siempre me esforcé en amar el sufrimiento y darle buena acogida.»

«Cuando sufro muchos —decía la Santa—, cuando me suceden cosas penosas, desagradables, en vez de tomar un aire triste, respondo a ellas con una sonrisa. Al principio, no siempre lo conseguía; pero ahora es costumbre que me alegro mucho de haber contraído.»

—¿Por qué está tan alegre esta mañana?— le preguntaba

la Madre Inés de Jesús.

—Porque he tenido dos *trabajillos*; nada me causa *gustillos* como los *trabajillos*.

En otra ocasión:

—¿Verdad que hoy ha padecido muchos trabajos?

—Sí, pero... ¡puesto que los amo!... Me gusta todo lo que Dios me envía.

—¿Es horroroso lo que padece?

—No, no es horroroso. Una pequeña víctima de amor, ¿puede encontrar horroroso lo que su Esposo le envía? A cada instante me da lo que puedo soportar; nada más, y si luego aumenta mi dolor, aumenta también mis fuerzas. Con todo, jamás me atrevería a pedir padecimientos mayores, *porque soy demasiado pequeña*. Además, ellos entonces serían padecimientos míos y tendría que soportarlos sola; y *sola jamás he podido hacer cosa alguna*.

* * *

42. Así hablaba desde su lecho de muerte aquella virgen sabia y prudente, cuya lámpara, siempre llena del aceite de las virtudes, resplandeció hasta el fin.

Habiéndonos dicho el Espíritu Santo en el libro de los proverbios: «La doctrina del hombre se prueba por su paciencia», las que la oyeron pueden creer en su doctrina ahora que la ha demostrado con paciencia invencible.

* * *

43. A cada visita, mostrábase el médico más admirado. «¡Ah, si supieran lo que soporta! Jamás vi padecer tanto con ese semblante de alegría sobrenatural. Es un ángel!» Y como le manifestásemos nuestro sentimiento a la idea de perder semejante tesoro: «No está en mi mano curarla —dijo—; es un alma que no es para vivir en la tierra».

En vista de su extrema debilidad, ordenaba específicos reconstituyentes. Teresita se entristeció al principio, por-

que eran muy caros; pero luego nos dijo:

«Ahora ya no me aflige tomar remedios caros, pues leí que santa Gertrudis se alegraba de ello pensando que todo redundaría en beneficio para los bienhechores, puesto que Nuestro Señor dijo: *«En verdad os digo, que cuanto hicieréis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, o mí lo hareis»*.

«Estoy convencida de la inutilidad de los medicamentos para curarme –añadía–; pero me he arreglado con Dios para que aprovechen a los pobres misioneros que no tienen tiempo ni medios para cuidarse».

44. Conmovido por las diferentes atenciones de su pequeñita esposa, el Señor, que jamás se deja vencer en generosidad, la rodeaba también de sus divinas finezas; ora eran gavillas floridas enviadas por su familia, ora un pitirrojo que venía a dar saltitos sobre su cama, mirándola con aire amistoso y haciéndole mil gracias.

«Madre mía –decía entonces–, siendo profundo agradecimiento por las delicadezas que Dios me dispensa; exteriormente me veo colmada de ellas..., pero estoy sumida en las más densas tinieblas... ¡Padezco muchos, sí, mucho!, pero con todo, *gozo de paz extraordinaria*; todos mis deseos se han realizado... Me siento llena de confianza.»

45. Algún tiempo después, refería ella misma este rasgo conmovedor:

«Una noche, en hora de gran silencio, vino la enfermera a ponerme una botella de agua caliente a los pies y tintura de yodo en el pecho.

«Me consumía la fiebre y me devoraba una sed ardentísima. Teniendo que soportar tales remedios, no pude menos de dirigir dolorida queja a Nuestro Señor: «¡Jesús mío! –le dije–, Vos lo véis; estoy ardiendo y me traen todavía calor y fuego. ¡Ah, si en lugar de todo esto me trajesen medio vasito de agua, cuánto más aliviada me encontraría!... ¡Jesús, mío, *vuestra hijita tiene mucha sed!* Con

todo, se considera feliz hallando ocasión de que le falte lo necesario pra asemejarse más a Vos y para la salvación de las almas.»

«Pronto la enfermera se marchó; ya no contaba volver a verla hasta la mañana siguiente, cuando, con gran sorpresa mía, volvió algunos minutos más tarde trayendo una bebida refrescante: «Acaba de ocurrírseme que tal vez tenga sed —me dijo—. En adelante tomaré la costumbre de ofrecer a V. C. este alivio todas las noches.» Yo la miré estupefacta, y cuando estuve sola, me puse a llorar. ¡Oh, cuán bueno es nuestro Jesús! ¡Cuán fácil cosa es enternecer su corazón!»

* * *

46. Una de las delicadezas del Corazón de Jesús que le causaron mayor alegría, fue la del 6 de septiembre, día en que, por una circunstancia verdaderamente providencial, llegó a manos una reliquia del Beato Teófano Vénard. Varias veces había ya la Santa manifestado el deseo de poseer algo que hubiese pertenecido a su santo amigo; pero viendo que no trataban de cumplírsele, dejó de hablar de ella. Por eso su emoción fue grande cuando la Madre Priora le remitió el precioso objeto; cubriéndolo de besos ya no quiso separarse de él.

¿Por qué quería tanto al angélico misionero? Ella misma lo confió a sus amadísimas hermanas en una conversación:

«Teófano Vénard es *un santito*, de vida completamente ordinaria. Amaba mucho a la Virgen Inmaculada y a su familia.»

Y haciendo hincapié en estas últimas palabras, añadió:

«¡Yo también amo mucho a mi familia! ¡No comprendo a los santos que no aman a su familia!... Como recuerdo de despedida, las he copiado algunos párrafos de las últimas cartas que él escribió a sus padres; son exactamente mis pensamientos; mi alma se parece a la suya.»

Transcribimos a continuación dichos párrafos, que se

creerían salidos de la pluma y del corazón de nuestra Santa:

«Nada encuentro en la tierra que me haga feliz, mi corazón es demasiado grande para que nada de cuanto en el mundo se llama dicha, pueda satisfacerle. Mi pensamiento vuela hacia la eternidad. El tiempo toca a su término. Mi corazón está sosegado como las aguas tranquilas de un lago adormecido o un cielo sereno. No echo de menos la vida de este mundo; tengo sed de las aguas de la vida eterna...

«Dentro de poco, mi alma dejará la tierra, concluirá su destierro y terminará su combate. ¡Me voy al cielo! Voy a entrar en la residencia de los escogidos; veré bellezas que jamás oído alguno escuchó; gozaré armonías que jamás el corazón probó!...

«¡Heme aquí llegada a aquella hora que tanto hemos deseado todas! Bien cierto es que el Señor elige a *los pequeñuelos* para confundir a los grandes de este mundo. Yo no me apoyo en mis propias fuerzas, sino en la fuerza de Aquel que sobre el madero de la cruz venció a las potestades del infierno.

«Soy una flor primaveral que el divino jardinero coge para su recreo. Todas somos flores plantadas en esta tierra, las cuales coge Dios a su debido tiempo; unas un poquito antes, otras un poquito después... ¡Yo, efímera pequeña, me voy la primera! Un día nos volveremos a juntar en el paraíso, y allí gozaremos de la verdadera felicidad.»

SOR TERESITA del NIÑO JESÚS
*apropiándose las palabras del ángelico
mártir Teófilo Vénard.*

47. Hacia fines de septiembre, al referir algo de lo que se había dicho durante la recreación, respecto a la responsabilidad de los que tienen cargo de almas, reanimándose un instante, pronunció estas hermosas palabras:

«En cuanto a los pequeños serán juzgados con extre-

mada indulgencia. Puede uno muy bien permanecer *pequeño*, aun en el desempeño de los cargos más temibles. ¿No está acaso escrito que al fin de los tiempos «*se levantará Dios para salvar a todos los mansos y humildes de la tierra?*». ¡No dice « *juzgar*», sino « *salvar*»!

48. Con todo, la ola del dolor iba creciendo cada vez más. Pronto la debilidad llegó a ser tal, que la santa enfermita quedó imposibilitada de hacer, sin que la ayudasen, el más ligero movimiento. Oír hablar cerca de ella, aunque fuese en voz baja, la atormentaba muchísimo, la fiebre y la opresión no la dejaban hablar palabra sin quedar aplastada. Mas, aun hallándose en tal estado, jamás la sonrisa abandonó sus labios, y cuando alguna nube ensombrecía su frente, era por el temor de dar más trabajo a las hermanas. Hasta la antevíspera de su muerte, quiso quedarse sola por la noche; pero su enfermera visitábala muchas veces a pesar de sus repetidas súplicas. En una de dichas visitas, la encontró con las manos juntas y los ojos elevados al cielo.

—¿Qué hace así? —le preguntó—. Debería intentar dormir.

—¡No puedo, hermanita mía, padezco demasiado; ¡Qué he de hacer sino orar!...

—¿Y qué le dice a Jesús?

—No le digo nada. *¡Le amo!*

* * *

49. «Oh , cuán bueno es Dios!... —exclamaba a veces—. Sí, es menester que sea muy bueno para darme la fuerza de soportar todo cuanto padezco.»

Un día dijo a la Madre Priora:

«Madre mía, quisiera confiarle el estado de mi alma; pero no puedo, estoy demasiado conmovida ahora.»

Por la noche le remitió las siguientes líneas, trazadas con lápiz y temblorosa mano:

¡Oh Dios mío! ¡Cuán hermoso sois para con esta pequeña víctima de vuestro misericordioso amor! Ni siquie-

ra en este momento en que juntáis el tormento exterior a las rudas pruebas de mi alma, puedo decir: «*Cercáronme dolares de muerte*», sino que exclamo, poseída de reconocimiento: «*He bajado al valle de las sombras de la muerte; pero nada temo porque tú estás conmigo, Señor*».

—Algunas creen que V. C. tiene miedo a la muerte —le dijo la Madre Inés de Jesús.

—Podrá ser así; jamás me apoyo en mis propias ideas, porque sé cuán flaca soy; pero quiero gozar del sentimiento que ahora Dios me concede; siempre quedará tiempo de padecer por lo contrario. El P. Capellán me ha dicho: «¿Está usted resignada a morir?», y yo le he contestado: «¡Ah, Padre mío, creo que sólo se necesita resignación para vivir!... Para morir, lo que experimento es alegría.»

«No se ponga triste, Madre mía, si padezco mucho y no manifiesto ningún signo de felicidad en mi último momento. ¿No murió Nuestro Señor víctima de amor? Con todo, vea cuál fue su agonía...»

50. El 29 de septiembre, víspera de su muerte, a las nueve de la noche, la Santa y Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina) oyeron, ambas muy distintamente, un ruido de alas en el jardín, y pronto una tórtola —llegada no se sabe de dónde— se posó arrullando en el borde de la ventana. Pocos instantes después volvía a volar remon-tándose a las alturas.

Ambas hermanas quedáronse dulcemente impresionadas, recordando aquel pasaje de los Cantares:

«*El canto de la tórtola se ha dejada oír; levántate, amada mía, paloma mía, y ven, pues el invierno ha pasado*».

51. Amaneció por fin la aurora del día eterno, jueves 30 de septiembre. Hablando por la mañana nuestra pequeña víctima de su última noche de destierro, miró la imagen de María, y dijo:

«¡Ah, con qué fervor la he suplicado!... Pero es la ago-

nía pura sin mezcla alguna de consuelo... Me falta el aire de la tierra. ¿Cuándo me será dado respirar el del cielo?»

A las dos y media se incorporó en el lecho, cosa que no podía hacer desde muchas semanas, y exclamó:

«¡Madre mía, el cáliz está lleno hasta el borde! No, jamás hubiera creído que fuera posible padecer tanto... Sólo puedo explicármelo por mi extremado deseo de salvar almas...»

Poco después añadió:

«Todo cuanto he escrito sobre mis ansias de padecer ¡oh! es mucha verdad. *No me arrepiento de haberme entregado al amor.*»

Repitió muchas veces estas últimas palabras, y un poco más tarde:

«Madre mía, prepáreme a morir bien.»

Su venerable Priora animóla con estas palabras:

—Hija mía, V. C. está preparada a comparecer ante Dios porque ha comprendido siempre la virtud de la humildad.

La joven religiosa dio entonces de sí misma este hermoso testimonio:

—Sí, tengo la convicción de que mi alma no ha buscado nunca sino la verdad... ¡Sí, he comprendido la humildad de corazón!

52. A las cuatro y media se presentaron los síntomas de la última agonía: En cuanto la angelical moribunda vió entrar a la Comunidad, le dió las gracias con su más graciosa sonrisa; luego, oprimiendo el crucifijo en sus desfallecidas manos, se recogió para el último combate. Un sudor copioso cubría su rostro; temblaba... Mas, a semejanza del piloto que en medio de la furiosa tempestad vislumbrando muy cerca el puerto no se desanima, así aquella alma llena de fe, daba valerosamente las últimas remadas para alcanzar la ribera eterna, cuyo faro luminoso ya veía muy cerca.

Cuando la campana del convento dió el toque de la oración de la tarde, fijó una mirada indecible en la Estre-

lla de los mares, la Virgen Inmaculada. ¿No era acaso el momento de cantar:

Tú que venir quisiste a sonreirme
De mi vida en la aurora,
No me niegues, ¡oh Madre!, tu sonrisa,
Hoy que a su tarde ya mi vida toca?

A las siete y algunos minutos, volviéndose nuestra pequeña mártir hacia la Madre Priora, le dijo:

—Madre mía, ¿no estoy ya en la agonía?... ¿no voy a morir?...

—Sí, hija mía, es la agonía, pero quizá quiere Jesús prolongarla algunas horas.

Entonces, con resignado acento, añadió:

Pues... vaya... vaya... ¡Ah! *no quisiera padecer menos de lo que padezco.*

Mirando después su crucifijo, exclamó:

«¡OH!... LE AMO!... DIOS MÍO... OS AMO!!!»

53. Estas fueron sus últimas palabras. Apenas las hubo pronunciado, cuando con gran sorpresa nuestra se dejó caer de repente, quedando con la cabeza inclinada hacia la derecha, en la actitud de aquellas vírgenes mártires ofreciéndose ellas mismas al filo del cuchillo; o más bien, como una víctima de amor, esperando que el divino Arquero le dispare la abrasada flecha, de cuya herida quiere morir...

De pronto se incorporó de nuevo, como si la llamara una voz misteriosa; abrió los ojos y los fija, con brillante expresión de paz celestial y de indecible felicidad, un poco más arriba de la imagen de María. Duró aquella mirada el espacio de un *Credo*; después, su mirada seráfica, *presa del Aguila divina*, voló a los cielos.

54. Algunos días antes de abandonar en mundo, nos había dicho la Santa: «*La muerte de amor que deseo, es la de Jesús en la Cruz*». Su anhelo fue plenamente satis-

fecho las tinieblas y las angustias la acompañaron en su agonía. Mas ¿no podemos aplicarle también la sublime profecía de San Juan de la Cruz, respecto a las almas consumadas en la caridad divina?

«*Ellas mueren con impetus y encuentros sabrosos de amor, como el cisne, que canta más dulcemente cuando se quiere morir. Que por esto dijo David que «la muerte de los justos es preciosa»*; porque allá van a entrar los ríos del amor divino».

Al punto de su bienaventurada muerte, quedó grabada en su frente la alegría del último instante, e inefable sonrisa animó su rostro. Le pusimos una palma entre las manos, la palma que trece años después, cuando su primera exhumación, debía encontrarse intacta en el ataúd. Al mismo tiempo comenzaron a producirse en la comunidad ciertos hechos extraordinarios. He aquí algunos: el primero, referido ya, es el de la religiosa conversa que, besando los pies de la angélica virgen, y apoyando en ellos su frente con fe y confianza, quedó instantáneamente curada de una anemia cerebral. Otra religiosa percibió perfume de violetas muy pronunciado en su celda donde no había ninguna flor. Otra sintió la impresión suave y fresca de un beso dado por un ser invisible. Otras dos hermanas notaron también un rayo de luz en el cielo, y otra una corona luminosa que se elevaba desde el suelo y se perdía en las alturas del firmamento.

Todo el día del sábado y del domingo no cesó de afluir a la reja del coro numerosa y devota muchedumbre que contempló en la majestad de la muerte a la *Reinecita* siempre graciosa, haciendo tocar en su cadáver centenares de rosarios, medallas y otras joyas.

Entre aquella muchedumbre, un niño de diez años percibió un aroma muy fuerte de azucenas, perfume inexplicable, ya que todas las flores que ornaban el ataúd eran artificiales.

55. El 4 de octubre, día de su entierro, los restos mortales de la Santa fueron rodeados de hermosa corona

de sacerdotes, honor que le correspondía de derecho, por lo mucho que había rogado por las almas sacerdotales. En fin, después de haber sido solemnemente bendecido, aquel precioso grano de trigo fue echado en el surco por las manos maternas de la Iglesia...

Desde entonces se han realizado magníficamente las palabras del divino Sembrador: *«Es verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, PRODUCE MUCHO FRUTO»*.

Las más veces, aquí en el mundo, permanecen ocultos esos frutos; pero el Señor, en esta ocasión, adelantando la hora de las eternas revelaciones, quiere que contemplemos la espléndida mies que blanquea por todos los lados en la superficie de la tierra...

¡Alabada sea por ello, y para siempre la divina misericordia. Autora adorable -de todas esas maravillas!



APOTEOSIS DE LA SANTA
DE LAS ROSAS



SEPULCRO DE LA SANTITA EN LA
IGLESIA DE LISIEUX

INDICE

HISTORIA DE UN ALMA

Cap. I.—Primeras notas de un canto de amor.— Recuerdos desde los dos a los cuatro años ..	5
Cap. II.—Muerte de su madre.— Les Buissonnets.— Amor paterno.— Primera confesión.— Las veladas de invierno.— Visión profética	20
Cap. III.—El Pensionado.— Dolorosa separación.— Extraña enfermedad.— Sonrisa visible de la Reina del cielo	39
Cap. IV.—Primera Comunión.— Confirmación.— Luces y tinieblas.— Nueva separación.— Gra- ciosa redención de sus penas interiores	54
Cap. V.—Favor en la noche de Navidad.— Celo de las almas.— Primera conquista.— Intimi- dad con Celina.— Consigue permiso de su padre para entrar en el Carmen a los quince años.— Negativa del Superior.— Acude a Monseñor Hugonin, obispo de Bayeux	74
Cap. VI.— Viaje a Roma.— Audiencia de Su San- tidad León XIII.— Respuesta del Señor Obis- po de Bayeux.— Tres meses de espera	97
Cap. VII.—Entrada de Teresita en el Arca Santa. Primeras tribulaciones.— Los esponsales divi- nos.— Nieve.— Un gran dolor	117
Cap. VIII.—Bodas divinas.— Retiro abundante en gracias.— La última lágrima de una Santa.— Muerte de su padre.— Colma Nuestro Señor todos sus deseos.— Una Víctima de Amor ...	133

Cap. IX.—El ascensor divino.— Primeras invitaciones a los eternos goces.— Noche oscura.— La mesa de los pecadores.— Cómo este ángel de la tierra entiende la caridad fraterna.— Una gran victoria.— Un soldado desertor	153
Cap. X.—Nuevas luces sobre la caridad.— El pincelillo.— Las migajas caídas de la mesa de los niños.— El buen Samaritano.— Diez minutos más preciosos que mil años de alegrías en la tierra.— Dos hermanos sacerdotes.— Atráeme	176
Cap. XI.—Su confianza en Dios.— Una visita del cielo.— El amor es su esposo.— Sublime infancia.— Llamamiento a todas las almas pequeñas	204
Cap. XII.—El Calvario.— Vuelo al cielo	220